

MICHEL ZINK

**CUENTOS CRISTIANOS
DE LA EDAD MEDIA**

El juglar de Nuestra Señora

TERCERA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA

2024

Tradujo Jorge Sans Vila
sobre el original francés *Le jongleur de Notre Dame*

Imagen de cubierta: Cantigas de Santa María (detalle), de Alfonso X
el Sabio. En guardas: tela medieval con escenas cotidianas.

© Éditions du Seuil, Paris 1999

© Ediciones Sígueme, S.A.U., 2000

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2197-7

Depósito legal: S. 63-2024

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

La belleza del diablo	9
El enamorado fiel	17
Las puertas de la muerte	23
Las virutas	27
El eremita que salvó a su compañero de la desesperación ..	31
La hoja de col	37
El monje ahogado	41
El juglar de Nuestra Señora	47
Previsión	51
La guardia de los muertos	57
El rostro del pecado	61
El monje y el pájaro	69
La lengua cortada	73
El eremita que convirtió a un ladrón y perdió su alma	79
Dos mujeres	85
Los dados	89
El clérigo Teófilo	93
Elocuencia	101
El ciego y el mudo	107
Desollado	113
El aliento de la muerte	117
Inspiración	125
Los jóvenes esposos	129
El sacerdote que dudaba	133
La reina criminal	137
El caballero del barril	143
El alma en prenda	151

Desfigurada	159
El poder de las fábulas	165
El niño Jesús tomado como rehén	169
El mal menor	173
La joven y su mentira	179
El hábito que hizo al monje	185
San Alejo	191
«Miserere tui»	197
<i>Epílogo para «El juglar de Nuestra Señora»</i>	201
<i>Bibliografía</i>	205

LA BELLEZA DEL DIABLO

Érase una vez un maestro imaginero que trabajaba para una iglesia. Un imaginero es el que esculpe imágenes. En el tímpano, Cristo y los que están en su luz, apóstoles y mártires, un obispo y un pobre, dos peregrinos de camino hacia la eternidad, san Miguel y su balanza, y del otro lado las fauces abiertas de Leviatán, el suplicio de los condenados. A lo largo de los capiteles, las parábolas de Nuestro Señor y las escenas de su vida, del pesebre a la cruz, nuestros primeros padres comiendo el fruto prohibido, Noé construyendo el arca, David y Goliat, san Antonio tentado por el demonio, san Martín dando la mitad de su capa. Todo esto, era la obra de los imagineros. Todo esto y muchísimas cosas más: los frisos y las flores alrededor de las arquerías, los medallones en los que se alternan los signos del zodiaco y los trabajos de las estaciones, los monstruos que tienen dos cuerpos para una sola cabeza, los pájaros que devoran niños, los diablos burlándose. Todas las figuras, todas las esculturas estiradas, contorneadas, torcidas, encogidas, enmarañadas para plegarse con una fantasía dócil a las curvas de las superficies abovedadas, los capiteles, las columnas.

Aquel maestro imaginero trabajaba en el taller de una iglesia, y la iglesia era de una abadía de monjes negros. Con los monjes blancos, los de la regla del Císter, los hijos de san Bernardo, no habría encontrado trabajo. Porque san Bernardo veía en el adorno de la piedra un lujo prohibido para quienes quieren imitar la pobreza de Cristo, en la belleza informe del bestiario monstruoso una distracción para la vista y una tentación para el espíritu. ¿Cómo, cuando tantas imágenes atraen la atención, abismarse en la oración y dejarse, como san Pablo, cegar por la deslumbran-

te luz del amor? Solamente las líneas necesarias y puras de un edificio levantado hacia el cielo pueden guiar la mirada y no retenerla, elevarla y no detenerla. En cambio, a los monjes negros les gustaba ver cómo la libre exuberancia de las esculturas se sometía al riguroso orden de la arquitectura, igual que la variedad del mundo celebra la unidad de Dios.

Aquellos para quienes trabajaba el maestro imaginero habían reflexionado mucho sobre las escenas que irían representadas en el tímpano y en los capiteles de su iglesia. Habían meditado en la Escritura y su significado. Sabían que incluso las bestias y las plantas nos instruyen, que toda criatura nos devuelve nuestra imagen y la de Dios. Pensaban en los pobres de Cristo, en los sencillos que no saben leer y para quienes, como el santo papa Gregorio decía, las imágenes ocupan el lugar de las letras. El pueblo de Dios que se apiñaría en su iglesia debería contemplar allí su camino hacia la vida y hacia la promesa de la resurrección. El Cristo del tímpano no sería su juez, sino su salvador. De sus largas manos abiertas, los rayos de su gracia alcanzarían a todos los hombres, hasta los confines de la tierra, a los de piel negra y a los que en Oriente, según cuentan, tienen orejas que arrastran hasta el suelo o cabezas de animales. Porque todos son criaturas de Dios, todos son sus hijos, todos están llamados a su amor.

Y en los capiteles de la nave estarían representados todos los que lo han seguido, todos los que lo han amado profundamente, todos los que han creído, que han dudado, que han creído a pesar de todo. Nuestro padre Abrahán, que recibió la promesa de Dios por haber esperado contra toda esperanza. Los discípulos de Emaús, que lloraban la muerte de Cristo, no podían creer en su resurrección y sin embargo le decían, incluso sin reconocerlo: «Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo», como se lo decimos todos nosotros en el crepúsculo cuando lo buscamos. Las santas mujeres ante el sepulcro vacío. Santo Tomás alargando la mano hacia las llagas de Cristo, santo Tomás, el discípulo que, después de haber sido el que más dudó, fue el único en reconocer a Dios mismo en

Jesús resucitado. Y san Pablo el convertido, el antiguo enemigo de Cristo, llamado a recoger, bajo la muela de la pasión, la harina de la nueva alianza para ofrecer a todos los pueblos, al único e innumerable pueblo de Dios que duda y que quiere creer, el alimento de la vida.

El maestro imaginero tenía mucho trabajo pese a las ayudas, los aprendices, los compañeros que desbastaban para él los bloques de piedra y a los que enseñaba su oficio confiándoles algún adorno, algunos acabados, a veces un personaje.

Uno de los monjes lo veía trabajar sin cesar, completamente maravillado. Era el sacristán del monasterio. Su cargo le daba más libertad que a sus hermanos para pasar tiempo en el taller. ¡Le habría gustado tanto conocer el arte del escultor y hacer surgir de la piedra aquellas formas admirables! El maestro imaginero le enseñó los rudimentos, y entre cada hora del oficio divino el monje se ejercitaba con interés. Un día le preguntó si no podría también él contribuir un poco en la ornamentación de la iglesia.

—¿Qué le gustaría esculpir? —le preguntó el maestro.

—Al diablo —respondió él.

Porque todavía se sentía muy poco hábil. Esculpir la imagen de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de un santo... no se habría atrevido. ¿Y si la imagen quedase fea? Pero el diablo es feo. Nunca le representaría suficientemente feo. Era pues un trabajo para un principiante. El maestro sonrió ante tales explicaciones, pero no hizo ningún comentario.

—A por el diablo —le dijo.

Y el monje hizo un diablo muy feo. Lo hizo más informe que deforme, hinchado, con los contornos indistintos del cuerpo bruscamente rotos por la arista del capitel, el rostro flojamente disimétrico, los ojos caídos, los labios retorcidos en una burla bobalicona sobre los dientes apretados, demasiado grandes y demasiado iguales, porque estaban representados simplemente por estrías de la piedra.

El artista estaba orgulloso de su obra. Imposible imaginar diablo más repelente. Por otra parte, el maestro se rio al verlo

y los compañeros dedicaron largo rato a imitar su expresión por medio de muecas grotescas, hinchando los carrillos, abriendo los labios, apretando las mandíbulas, estirando con el dedo la parte baja de los párpados.

Pero la misma noche, cuando el monje dormía en su celda, se le apareció el diablo. Lo injurió, lo amenazó, le reprochó violentamente que lo hubiera representado tan feo y tan ridículo:

—Aunque yo sea el réprobo, ¿no tengo derecho a que se me haga justicia? Monje estúpido, ¿crees tú que yo sería tan temible si me pareciera a como me has hecho? Dios mismo me llama el príncipe de este mundo. Este mundo, ¿no adora la belleza? ¿Cómo iba a seducir si no fuera hermoso? Mañana, a primera hora, ¿me oyes bien?, corregirás mi imagen y me devolverás lo que me corresponde: la belleza.

Aterrorizado, el monje se despertó sobresaltado e hizo la señal de la cruz. Durante mucho rato su espíritu quedó oprimido por la visión que había tenido. Pero según pasaba el tiempo, la angustia se disipó y dejó paso al orgullo. Su obra tenía que ser excelente para que el diablo se tomara la molestia de ir a reprochárselo. Se guardaría muy mucho de tocarla. Además, ¿obedecer al diablo? Y durante todo el día siguiente lo pasó, con los brazos cruzados, al lado de la escultura, recibiendo con disimulada modestia las felicitaciones que recibía.

A la noche siguiente el diablo se le apareció de nuevo, mucho más amenazante. A la tercera noche, le anunció que pagaría las consecuencias de su obstinación.

En el pueblo cercano a la abadía vivía una viuda joven. Era piadosa y asistía con frecuencia a la misa conventual, a veces a alguna hora del oficio divino. Con frecuencia también obsequiaba a la comunidad con un modesto regalo: huevos recién puestos, un queso de sus cabras, frutos de su huerto. Los entregaba al sacristán, que debido a su cargo estaba autorizado a franquear la clausura y a estar en contacto con los fieles. Imagináis lo que sucedió. El diablo tramaba su venganza. Los inflamó de pasión mutua. Les dio la audacia de confesarse su amor. Instigada por el diablo, la mujer sugirió al monje que huyera con ella y el

monje planeó robar los vasos sagrados del monasterio, que le estaban confiados, para contar con los recursos necesarios para su vida culpable.

Una noche pusieron por obra lo proyectado. El monje metió en un saco los cálices y copones de oro y plata con incrustaciones de esmaltes, las patenas y las píxides, se reunió con su amiga a la puerta de la abadía, y ambos se pusieron en camino amparados por la noche. Pero apenas habían llegado al primer recodo, el diablo tocó todas las campanas de la abadía, corrió al dormitorio, despertó a los monjes gritando «¡ladrones!»). Había tomado la apariencia de uno de ellos, juraba que había visto al sacristán robar el tesoro del monasterio y huir. Se levantaron todos, corrieron al armario donde se guardaban los vasos preciosos. Las puertas estaban de par en par y el armario vacío.

Los fugitivos no estaban lejos. Pronto los alcanzaron. Nadie se fijó en la mujer, nadie la reconoció en la oscuridad. Pensaron que se trataba de alguna mujer que se había perdido. Ella pudo esconderse en una zanja y volvió a su casa cuando todo se calmó. Pero el sacristán fue atado, apaleado, arrastrado hasta el monasterio, encerrado en un calabozo y lo dejaron encadenado. De repente desapareció la locura de la pasión. Postrado en la oscuridad en el suelo húmedo, con el rostro sucio de barro, de sangre y de lágrimas, lloró su crimen y su pecado.

Una vez más, se le apareció el diablo. Triunfante. Se ufano de haberlo colocado en el estado en que se encontraba. Lo invitó a reflexionar sobre su aventura. ¿No había cedido a la seducción del diablo?, ¿la seducción no había sido por la belleza? ¡Que se rindiera pues a la evidencia!, ¡que retomara la escultura y le devolviera la belleza que le correspondía! A cambio, él, el diablo, lo sacaría del mal paso en que lo había metido.

En su angustia, el monje aceptó el trato. Inmediatamente se encontró en su cama, en el dormitorio, rodeado de sus hermanos que dormían plácidamente. Al acercarse la hora de maitines, se levantó y, cumpliendo con el oficio de sacristán, tocó las campanas para llamar a los monjes para el oficio divino. Cuando lo vieron, lo agarraron, lo injuriaron, preguntándole

cómo había podido romper las cadenas y salir del calabozo. Puso cara de sorpresa. ¿Qué cadenas? ¿Qué calabozo? Igual que ellos se acababa de levantar de su cama en la que se había acostado, como todos, la víspera por la noche. Corrieron al calabozo. El diablo había ocupado el lugar del monje. Cuando quisieron agarrarlo, desapareció, dejando tras de sí un fuerte olor a azufre que no ofrecía duda de su identidad. Todo quedaba claro. El diablo les había jugado una de las suyas. El sacristán era inocente.

Pero él tenía que cumplir la promesa. Tan pronto como pudo, se deslizó hasta el taller. Explicó al maestro imaginero, no sin grandes apuros, que habiendo reflexionado encontraba a su diablo realmente demasiado feo y deseaba embellecerlo un poco. Con gran sorpresa suya, el maestro aprobó el proyecto con entusiasmo, con tal entusiasmo que no pudo menos de preguntarle el motivo.

—Temía —dijo tímidamente— que mi idea le pareciese extraña. ¡Embellecer al diablo! Realmente, ¿piensa que debo hacerlo?

—Evidentemente, tiene que hacerlo, o cuando menos intentarlo. Yo no me atrevo a decírselo, pero puesto que usted está de acuerdo, hay que confesar que su diablo es espantoso.

—Pero ¿no es espantoso el diablo?

—El diablo, no digo que no. Pero un capitel ha de ser hermoso.

El monje puso manos a la obra con los consejos del maestro imaginero, que a veces guiaba su mano. Pronto el capitel tomó otra forma y el diablo una apariencia bien distinta. Sus piernas flacas, con los tendones salientes, seguían ahora la arista del capitel y la subrayaban. Su cintura estaba doblada con una elasticidad angulosa y su busto se ajustaba al borde superior, exactamente bajo la cornisa. Así suspendido, aplastaría a los que desde la parte baja de la columna lo contemplaran, levantando la cabeza, rindiéndole involuntario homenaje, a los que señalaba con el brazo extendido e imperioso. Una risa triunfante deformaba su rostro, con las mejillas hundidas por profundos pliegues de amargura. Estallaba de júbilo despiadado y dominante, mientras que sus ojos parecían vacíos y muertos.

—¡Ya! —dijo el maestro imaginero con satisfacción—. ¿No queda horrible así?

El monje tembló, temiendo la cólera de su visitante nocturno. Pero el maestro entonces añadió:

—¿No es hermoso?

¿Horrible y hermoso? El monje comenzó a comprender que la imagen de un objeto feo puede ser bella, que se había equivocado al sentirse tan orgulloso de su primer ensayo, porque su imagen del diablo era informe y fea, y esto era lo que había querido decir el maestro imaginero. Pero ¿qué pensaría el diablo? Se quería hermoso. ¿Se contentaría con que una hermosa imagen señalara su fealdad? Pareció que el maestro adivinaba su pensamiento, porque dijo:

—El mismo diablo tendría que estar satisfecho. No se pueden apartar los ojos de la imagen. Subyuga. Seduce. Perturba.

Y aún añadió:

—Nosotros estamos turbados cuando copiamos la fealdad del mundo y la volvemos hermosa, pero ese temblor nos hace ansiar más ardientemente la inmutable belleza de Dios.